

Subrayemos, por último, que, en la perspectiva kleiniana, todo individuo pasa normalmente por fases en las que predominan ansiedades y mecanismos psicóticos: posición paranoide, más tarde posición depresiva*. La superación de la posición paranoide depende especialmente de la fuerza relativa de las pulsiones libidinales con respecto a las pulsiones agresivas.

POSTERIORIDAD, POSTERIORMENTE, CON POSTERIORIDAD

= *Al.*: Nachträglichkeit (*subst.*), nachträglich (*adj. y adv.*). — *Fr.*: après-coup (*subs. m., adj. y adv.*). — *Ing.*: deffered action, deffered (*adj.*). — *It.*: posteriore (*adj.*), posteriormente (*adv.*). — *Por.*: posterioridade, posterior, posteriormente.

Palabra utilizada frecuentemente por Freud en relación con su concepción de la temporalidad y de la causalidad psíquicas: experiencias, impresiones y huellas mnémicas* son modificadas ulteriormente en función de nuevas experiencias o del acceso a un nuevo grado de desarrollo. Entonces pueden adquirir, a la par que un nuevo sentido, una eficacia psíquica.

La palabra *nachträglich* es de uso corriente en Freud, quien con frecuencia la subraya. También se encuentra muy a menudo la forma substantiva *Nachträglichkeit*, lo que viene a demostrar que, para Freud, esta noción de «posterioridad» forma parte de su aparato conceptual, aun cuando no la definiera ni diera de ella una teoría de conjunto. A J. Lacan corresponde el mérito de haber llamado la atención sobre la importancia de este término. Se observará que las traducciones de Freud, al no utilizar un equivalente único, no permiten darse cuenta de su frecuente utilización.

No intentamos proponer aquí una teoría de la posterioridad, sino sólo subrayar brevemente el sentido y el interés que presenta la concepción freudiana de la temporalidad y la causalidad psíquicas.

1.º Ante todo este concepto impide una interpretación sumaria que reduciría la concepción psicoanalítica de la historia del sujeto a un determinismo lineal que tendría en cuenta, únicamente, la acción del pasado sobre el presente. Se suele reprochar al psicoanálisis el reducir el conjunto de las acciones y deseos humanos al pasado infantil; esta tendencia se habría ido agravando con la evolución del psicoanálisis; los analistas se remontarían cada vez más lejos: para ellos, todo el destino del hombre estaría decidido desde los primeros meses de la vida, o incluso ya en la vida intrauterina...

Ahora bien, desde un principio Freud señaló que el individuo modifica con posterioridad los acontecimientos pasados, y que es esta modificación la que les confiere un sentido e incluso una eficacia o un poder patógeno. El 6-XII-1896 escribió a W. Fliess: «[...] trabajo sobre la hipótesis de que nuestro mecanismo psíquico se establece por estratificación: los materiales existentes en forma de huellas mnémicas experimentan de vez en cuando, en función de nuevas condiciones, una reorganización, una reinscripción» (1 a).

2.º Tal idea podría conducir a pensar que todos los fenómenos que se encuentran en psicoanálisis se sitúan bajo el signo de la retroactividad, o incluso de la ilusión retroactiva. Así, Jung, habla de fantasmas retroactivos (*Zurückphantasieren*): según él, el adulto reinterpreta su pasado en sus fantasmas, que constituyen otras tantas expresiones simbólicas de sus problemas actuales. En esta concepción, la reinterpretación constituye para el individuo un medio de huir de las «exigencias de la realidad» presente, refugiándose en un pasado imaginario.

Desde otra perspectiva, el concepto de posterioridad podría evocar también una concepción de la temporalidad que ha sido puesta de relieve por la filosofía y recogida por las diversas tendencias del psicoanálisis existencial: la conciencia constituye su pasado y modifica constantemente el sentido de éste, en función de su «proyecto».

La concepción freudiana de la posterioridad aparece mucho más precisa. A nuestro modo de ver, lo que la define podría agruparse del siguiente modo:

1.º Lo que se elabora retroactivamente no es lo vivido en general, sino electivamente lo que, en el momento de ser vivido, no pudo integrarse plenamente en un contexto significativo. El prototipo de ello lo constituye el acontecimiento traumático.

2.º La modificación con posterioridad viene desencadenada por la aparición de acontecimientos y situaciones, o por una maduración orgánica, que permiten al sujeto alcanzar un nuevo tipo de significaciones y reelaborar sus experiencias anteriores.

3.º La evolución de la sexualidad favorece notablemente, por los desfases temporales que implica en el ser humano, el fenómeno de la posterioridad.

Estos puntos de vista quedan ilustrados por numerosos textos en los que Freud utiliza la palabra *nachträglich*. Singularmente demostrativos son, a nuestro juicio, dos de estos textos.

En el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), estudiando la represión histérica, Freud se pregunta por qué la represión afecta en forma electiva a la sexualidad. Basándose en un ejemplo, muestra cómo la represión supone dos acontecimientos claramente separados en la serie temporal. El primero en el tiempo está constituido por una escena sexual (seducción por un adulto), pero que entonces no tiene para el niño una significación sexual. El segundo presenta algunas analogías, que pueden ser superficiales, con el primero; pero esta vez, por haberse presentado entre tanto la pubertad, ya es posible la emoción sexual, emoción que el sujeto atribuirá conscientemente a este segundo acontecimiento, mientras que en realidad es provocada por el recuerdo del primero. El yo no puede utilizar aquí sus defensas normales (por ejemplo, evitación por medio de la atención) contra este afecto sexual displacentero: «La atención se dirige hacia las percepciones, por ser éstas las que habitualmente dan lugar a una liberación de displacer. Pero aquí es una huella mnémica y no una percepción la que,

de forma imprevista, libera displacer, y el yo se da cuenta de ello demasiado tarde» (1 b). El yo utiliza entonces la represión, modo de «defensa patológica», en el que actúa según el proceso primario.

Vemos, pues, que la represión halla aquí su condición general en el «retardo de la pubertad» que caracteriza, según Freud, la sexualidad humana: «Todo adolescente guarda huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas por él al aparecer las sensaciones propiamente sexuales» (1 c). «*La aparición tardía de la pubertad posibilita procesos primarios póstumos*» (1 d).

Desde este punto de vista, únicamente la segunda escena confiere a la primera su valor patógeno: «Se reprime un recuerdo que sólo posteriormente se volvió traumatizante» (1 c). El concepto de posterioridad va también íntimamente ligado a la primera elaboración freudiana de la noción de defensa*: la teoría de la seducción*.

Podría objetarse que el descubrimiento de la sexualidad infantil, efectuado algún tiempo después por Freud, quita todo valor a esta concepción. La mejor respuesta a tal objeción se hallaría en *Historia de una neurosis infantil*, donde se invoca constantemente el mismo proceso de la posterioridad aunque desplazado a los primeros años de la infancia. Se encuentra en el núcleo del análisis que Freud da del sueño patógeno en sus relaciones con la escena originaria*: el paciente no comprendió el coito «[...] hasta la época del sueño, a los 4 años, y no en la época en que lo observó. A la edad de un año y medio recogió las impresiones que posteriormente, en la época del sueño, pudo comprender, gracias a su desarrollo, a su excitación sexual y a su curiosidad sexual» (2 a). El sueño, en la historia de esta neurosis infantil, es, como muestra Freud, el factor desencadenante de la fobia: «[...] el sueño confiere a la observación del coito una eficacia con posterioridad» (2 b).

En 1917 Freud añadió dos extensas discusiones a la observación de *Historia de una neurosis infantil*, en las que muestra la conmoción que le produjo la tesis de Jung sobre el fantasma retroactivo. Admite que, siendo la escena originaria, en el análisis, el resultado de una reconstrucción, aquélla podría muy bien haber sido construida por el propio sujeto, si bien insiste en que la percepción debió proporcionar por lo menos indicios, aunque sólo fuera una cópula entre canes... Pero, sobre todo, en el mismo momento en que parece transigir en cuanto al apoyo que puede proporcionar una base de realidad (que se muestra tan frágil a la investigación), introduce un concepto nuevo, el de las fantasías originarias, es decir, un más acá, una estructura que fundamenta en último término la fantasía, trascendiendo tanto lo vivido individual como lo imaginado (véase: Fantasías originarias).

Los textos comentados muestran que la concepción freudiana del *Nachträglich* no puede reducirse al concepto de «acción diferida», si se entiende por ésta un intervalo temporal variable, debido a un efecto de sumación, entre las excitaciones y la respuesta. La traducción, adoptada en ocasiones en la *Standard Edition*, de *deferred action*, podría autorizar una tal interpretación. Los editores de la S. E. se basan (2 e) en un pasaje de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*,

1895), en el cual, refiriéndose a la llamada histeria de retención*, Freud habla de «la eliminación con posterioridad de los traumas acumulados» (3 a) durante un cierto período. Aquí la noción de posterioridad podría interpretarse, en un primer análisis, como una descarga retardada, pero se observará que, para Freud, se trata de una verdadera elaboración, de un «trabajo de memoria», que no consiste en la simple descarga de una tensión acumulada, sino en un complicado conjunto de operaciones psicológicas: «Ella [la enferma] vuelve a recorrer diariamente cada una de sus expresiones, llora sobre ellas, se consuela de ellas, podríamos decir a satisfacción [...]» (3 b). A nuestro modo de ver, resulta preferible explicar el concepto de abreacción* por el de posterioridad, que reducir la noción de posterioridad a una teoría estrictamente económica de la abreacción.

PRECONSCIENTE (s. y adj.)

= *Al.*: das Vorbewusste, vorbewusst. — *Fr.*: préconscient. — *Ing.*: preconscious. — *It.*: preconcio. — *Por.*: preconsciente.

A) Término utilizado por Freud dentro del marco de su primera tópic: como sustantivo, designa un sistema del aparato psíquico claramente distinto del sistema inconsciente (*Ics*); como adjetivo, califica las operaciones y los contenidos de este sistema preconscious (*Pcs*). Estos no están presentes en el campo actual de la conciencia y son, por consiguiente, inconscientes en el sentido «descriptivo» (α) del término (véase: Inconsciente, B), pero se diferencian de los contenidos del sistema inconsciente por el hecho de que son accesibles a la conciencia (por ejemplo, conocimientos y recuerdos no actualizados).

Desde el punto de vista metapsicológico, el sistema preconscious se halla regido por el proceso secundario. Está separado del sistema inconsciente por la censura*, que no permite que los contenidos y procesos inconscientes pasen al *Pcs* sin experimentar transformaciones.

B) Dentro de la segunda tópic freudiana, el término «preconscious» se utiliza, sobre todo, como adjetivo, para calificar lo que escapa a la conciencia actual sin ser inconsciente en sentido estricto. Desde el punto de vista sistemático, califica los contenidos y procesos relativos esencialmente al yo y también al superyó.

La distinción entre preconscious e inconsciente es fundamental para Freud. Sin duda, con intención apologética, se apoyó en la existencia indiscutible de una vida psicológica que desborda el campo de la conciencia actual, para defender la posibilidad de un psiquismo inconsciente en general (1 a); y, si se toma la palabra inconsciente en el sentido que Freud llama «descriptivo» (lo que escapa a la conciencia), desaparece la distinción entre preconscious e inconsciente. Asimismo debe entenderse fundamentalmente en sus acepciones tópic (o sistemática) y dinámica.

El concepto fue muy pronto establecido por Freud durante la elaboración de sus puntos de vista metapsicológicos (2 a). En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), el sistema preconscious se encuentra situado entre el sistema inconsciente y la conciencia; está separado del primero por la censura, que intenta prohibir a los contenidos inconscientes el camino hacia el preconscious y la conciencia; en

persona hacia otro: «[...] que la pulsión se vuelva desde el objeto hacia el yo o que se vuelva desde el yo hacia el objeto [...] esto no es, en principio, diferente» (2).

Cabe preguntarse si el retorno de la libido, a partir de un objeto exterior, sobre el yo (libido del yo* o narcisista) no podría designarse también como «vuelta hacia la propia persona». Se observará que, en este caso, Freud prefirió utilizar expresiones como la de «retirada de la libido sobre o en el yo».

Además de la transformación de la actividad en pasividad, que afecta al modo, a la «forma» de la actividad, Freud considera una transformación «del contenido», o transformación «material»: el del amor en odio. Pero hablar aquí de transformación sólo le pareció válido en un plano puramente descriptivo; en efecto, amor y odio no pueden comprenderse como destinos de una misma pulsión. Tanto en la primera (1 b) como en la segunda (3) teoría de las pulsiones, Freud les atribuye un origen diferente.

Anna Freud clasificó entre los mecanismos de defensa la transformación en lo contrario y la vuelta hacia la propia persona, y se preguntó si no debían considerarse como los procesos defensivos más primitivos (4). (Véase: Identificación con el agresor). Algunos pasajes de Freud hablan en igual sentido (1 c).

TRAUMA, TRAUMATISMO (PSÍQUICO)

= Al.: Trauma. — Fr.: trauma o traumatisme. — Ing.: trauma. — It.: trauma. — Por.: trauma, traumatismo.

Acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica.

En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo, en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones.

Trauma y traumatismo son términos utilizados ya antiguamente, en medicina y cirugía. *Trauma*, que viene del griego τραῦμα = herida, y deriva de τέρπειν = perforar, designa una herida con efracción; *traumatismo* se reservaría más bien para designar las consecuencias sobre el conjunto del organismo de una lesión resultante de una violencia externa. Pero no siempre se halla implícita la noción de efracción del revestimiento cutáneo; así, por ejemplo, se habla de «traumatismos craneo-cerebrales cerrados». Se observa también que en medicina los dos términos «trauma» y «traumatismo» tienden a utilizarse como sinónimos.

El psicoanálisis ha recogido estos términos (en Freud sólo se encuentra *Trauma*) transponiendo al plano psíquico las tres significaciones inherentes a los mismos: la de un choque violento, la de una efracción y la de consecuencias sobre el conjunto de la organización.

El concepto de traumatismo remite, ante todo, como el propio Freud indicó, a una concepción económica*: «Llamamos así a una experiencia

vivida que aporta, en poco tiempo, un aumento tan grande de excitación a la vida psíquica, que fracasa su liquidación o su elaboración por los medios normales y habituales, lo que inevitablemente da lugar a trastornos duraderos en el funcionamiento energético» (1 a). El aflujo de excitaciones es excesivo en relación a la tolerancia del aparato psíquico, tanto si se trata de un único acontecimiento muy violento (emoción intensa) como de una acumulación de excitaciones, cada una de las cuales, tomada aisladamente, sería tolerable; falla ante todo el principio de constancia*, al ser incapaz el aparato de descargar la excitación.

Freud dio, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), una representación figurada de este estado de cosas, considerándolo al nivel de una relación elemental entre un organismo y su medio ambiente: la «vesícula viva» se mantiene resguardada de las excitaciones externas por medio de una capa protectora o protector contra las excitaciones*, que sólo deja pasar cantidades de excitación tolerables. Cuando esta capa experimenta una efracción extensa, nos hallamos ante el trauma: la tarea del aparato consiste entonces en movilizar todas las fuerzas disponibles, a fin de establecer contracatexis*, fijar sobre el terreno las cantidades de excitación aferentes y restablecer así las condiciones de funcionamiento del principio de placer.

Es clásico definir los comienzos del psicoanálisis (entre 1890 y 1897) del siguiente modo: en el terreno teórico, la etiología de la neurosis se atribuye a experiencias traumáticas pasadas, haciendo retroceder cada vez más la época de estas experiencias, a medida que profundizan las investigaciones analíticas, desde la edad adulta a la infancia; en cuanto a la técnica, la eficacia de la cura se busca en la abreacción* y la elaboración psíquica* de las experiencias traumáticas. Asimismo es clásico señalar que tal concepción pasó paulatinamente a segundo plano.

Durante este período de creación del psicoanálisis, el trauma designa, ante todo, un acontecimiento personal de la historia del sujeto, cuya fecha puede establecerse con exactitud, y que resulta subjetivamente importante por los afectos penosos que puede desencadenar. No puede hablarse de acontecimientos traumáticos de un modo absoluto, sin tener en cuenta la «susceptibilidad» (*Empfänglichkeit*) propia del sujeto. Para que exista trauma en sentido estricto, es decir, falta de abreacción de la experiencia, la cual persiste en el psiquismo a modo de un «cuerpo extraño», deben darse determinadas condiciones objetivas. Ciertamente, el acontecimiento, por su «misma naturaleza», puede excluir la posibilidad de una abreacción completa (por ejemplo, «pérdida de un ser querido y aparentemente insustituible»); pero, aparte de este caso extremo, lo que confiere al acontecimiento su valor traumático son determinadas circunstancias específicas: condiciones psicológicas en las que se encuentra el sujeto en el momento del acontecimiento («estado hipnoide»* de Breuer), situación efectiva (circunstancias sociales, exigencias de la tarea que se está efectuando) que dificulta o impide una reacción adecuada («retención») y finalmente, sobre todo, según Freud, el conflicto psíquico que impide al sujeto integrar en su personalidad consciente la experiencia que le ha sobrevenido (defensa). Además, Breuer y Freud ob-

servan que una serie de acontecimientos, cada uno de los cuales no actuaría como trauma, pueden sumar sus efectos («sumación») (2 a).

Se aprecia que, bajo la diversidad de condiciones establecidas en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), existe un denominador común, el factor económico, siendo las consecuencias del trauma la incapacidad del aparato psíquico de liquidar las excitaciones según el principio de constancia. Asimismo se concibe la posibilidad de establecer una serie que se extendería desde el acontecimiento cuya eficacia patógena se debe a su violencia y a lo inopinado de su aparición (por ejemplo, un accidente), hasta el acontecimiento cuyo poder patógeno obedece a su inserción en una organización psíquica que comporta ya sus puntos de ruptura muy particulares.

El valor concedido por Freud al conflicto defensivo en la génesis de la histeria y, en general, de las «psiconeurosis de defensa», no disminuye la función del traumatismo, aunque complica la teoría del mismo. Señalemos, ante todo, que, durante los años 1895-1897, se afirma cada vez más la tesis según la cual el trauma es esencialmente sexual y que, durante el mismo período, el traumatismo originario se descubre en la vida prepuberal.

No es éste el lugar adecuado para presentar en forma sistemática la concepción de Freud en aquella época acerca de la articulación entre el trauma y la defensa, tanto más cuanto que sus puntos de vista acerca de la etiología de las psiconeurosis se hallaban en constante evolución. Con todo, varios textos del citado período (3, 4) exponen o suponen una tesis muy precisa, que tiende a explicar cómo el acontecimiento traumático desencadena, por parte del yo, en lugar de las defensas normales habitualmente utilizadas frente a un acontecimiento penoso (por ejemplo, desviación de la atención), una «defensa patológica» (cuyo modelo es, entonces, para Freud la represión), la cual acúa según el proceso primario.

La acción del trauma se descompone en varios elementos y supone siempre la existencia de, por lo menos, dos acontecimientos: en una primera escena, llamada de seducción, el niño sufre una tentativa sexual por parte de un adulto, sin que ésta despierte en él excitación sexual; una segunda escena, a menudo de apariencia anodina, y ocurrida después de la pubertad, evoca, por algún rasgo asociativo, la primera. Es el recuerdo de la primera el que desencadena un aflujo de excitaciones sexuales que desbordan las defensas del yo. Si bien Freud denomina traumática la primera escena, se observa que, desde un punto de vista estrictamente económico, este carácter sólo le es conferido con posterioridad*; o incluso: solamente como recuerdo la primera escena se vuelve posteriormente patógena, en la medida en que provoca un aflujo de excitación interna. Esta teoría otorga su pleno sentido a la célebre fórmula de los *Estudios sobre la histeria*: «[...] los histéricos sufren sobre todo de reminiscencias» (*der Hysterische leide[t] grösstenteils an Reminiscenzen*) (2 b).

Al mismo tiempo, vemos modificarse la apreciación del papel desempeñado por el acontecimiento exterior. La idea del traumatismo psíquico

deja de ser una copia del traumatismo físico, por cuanto la segunda escena no actúa por su propia energía, sino solamente en la medida en que despierta una excitación de origen endógeno. En este sentido, la concepción de Freud, que resumimos aquí, prepara ya el camino hacia la idea según la cual la eficacia de los acontecimientos externos proviene de las fantasías* que activan, y del aflujo de excitación pulsional que desencadenan. Pero, por otra parte, se aprecia que Freud no se contenta, en aquella época, con describir el trauma como el despertar de una excitación interna por efecto de un acontecimiento exterior que es solamente su causa desencadenante; siente la necesidad de relacionar a su vez este acontecimiento con un acontecimiento anterior que sitúa en el origen de todo el proceso (véase: Seducción).

En los años siguientes, el alcance etiológico del trauma fue disminuyendo en favor de la vida fantasmática y de las fijaciones a las diversas fases libidinales. El «punto de vista traumático», aun cuando no resulta «abandonado», como subraya el propio Freud (1 b), se integra en una concepción que hace intervenir otros factores, como la constitución y la historia infantil. El traumatismo, que desencadena la neurosis en el adulto, constituye una serie complementaria* junto con la predisposición que a su vez incluye dos factores complementarios, endógeno y exógeno:

«Etiología de la neurosis = Disposición por fijación + Acontecimiento accidental
de la libido (traumático)

```

graph TD
    A["Disposición por fijación + Acontecimiento accidental de la libido (traumático)"] --- B["Constitución sexual (acontecimiento prehistórico)"]
    A --- C["Acontecimiento infantil"]
  
```

Se observará que, en este cuadro dado por Freud en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis (Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse, 1915-1917)* (1 c), el término «traumatismo» designa un acontecimiento que sobreviene en un segundo tiempo y no las experiencias infantiles que se hallan en el origen de las fijaciones. El alcance del trauma se reduce y su originalidad disminuye: en efecto, se tiende a asimilar, en el desencadenamiento de la neurosis, a lo que Freud, en otras formulaciones, denominó *Versagung* (frustración*).

Pero, mientras la *teoría traumática de la neurosis* adquiere una importancia más relativa, la existencia de las neurosis de accidente y, sobre todo, de las neurosis de guerra, vuelve a situar en el primer plano de las preocupaciones de Freud el problema del trauma, bajo la forma clínica de las *neurosis traumáticas**.

Este interés lo atestigua, desde un punto de vista teórico, el trabajo *Más allá del principio del placer*. Se vuelve a utilizar la definición económica del trauma como efracción, lo cual conduce a Freud a hacer la hipótesis de que un aflujo excesivo de excitación anula inmediatamente el principio de placer*, obligando al aparato psíquico a realizar una tarea más urgente «más allá del principio del placer», tarea que consiste en ligar las excitaciones de tal forma que se posibilite su descarga ulterior.

La repetición de los sueños en los que el sujeto revive intensamente el accidente y se coloca de nuevo en la situación traumática, como para controlarla, es atribuida a una compulsión a la repetición*. De un modo más general, puede decirse que el conjunto de fenómenos clínicos en los que Freud ve actuar esta compulsión, pone en evidencia que el principio de placer, para poder funcionar, exige que se cumplan determinadas condiciones, que son abolidas por la acción del traumatismo, en la medida en que éste no es una simple perturbación de la economía libidinal, sino que viene a amenazar más radicalmente la integridad del sujeto (véase: Ligazón).

Por último, en la teoría de la angustia, renovada en *Inhibición, síntoma y angustia (Hemmung, Symptom und Angst, 1926)*, y, de un modo más general, en la segunda tópica, el concepto de trauma adquirirá un valor creciente, aparte de toda referencia a la neurosis traumática propiamente dicha. El yo, al desencadenar la señal de angustia*, intenta evitar ser desbordado por la aparición de la angustia automática que caracteriza la situación traumática, en la cual el yo se halla indefenso (véase: Desamparo). Esta concepción lleva a establecer una especie de simetría entre el peligro externo y el peligro interno: el yo es atacado desde dentro, es decir, por las excitaciones pulsionales, como lo es desde fuera. El modelo simplificado de la vesícula viva, tal como Freud lo presentó en *Más allá del principio del placer (véase supra)*, deja de ser válido.

Finalmente se observará que, buscando el núcleo del peligro, Freud lo encuentra en un aumento, más allá de lo tolerable, de la tensión resultante de un aflujo de excitaciones internas que exigen ser liquidadas. Esto es lo que, en último término, explicaría, según Freud, el «traumatismo del nacimiento».